



Comentario bibliográfico

Wood, Ian: *The Modern Origins of The Early Middle Ages*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

Pablo Sarachu

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad Nacional de La Plata

pablosarachu@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 07/08/2015

Fecha de aprobación: 19/08/2015

Ian Wood es un historiador inglés con una destacada trayectoria en los estudios sobre la Europa temprano y alto medieval. Ha publicado una gran cantidad de contribuciones en revistas especializadas y libros colectivos, además de algunas obras monográficas¹.

El autor define el problema que tratará en *The Modern Origins of The Early Middle Ages* en las primeras líneas de su prefacio: el cambio en las interpretaciones que sobre el fin del Imperio romano y la temprana Edad Media se han dado en Europa desde el siglo XVIII hasta la actualidad, y cómo aquellas han influenciado y han sido influenciadas por las circunstancias en que fueron escritas (p. vii). Pero no le interesa un estudio exhaustivo; siguiendo a Michel Foucault, se preocupa

¹ Entre estas últimas sobresale Wood, Ian: *The Merovingian Kingdoms (450-751)*, Londres y Nueva York, Longman, 1994. Un breve *curriculum vitae* en http://www.leeds.ac.uk/arts/profile/20046/478/ian_wood.

por las elaboraciones que se convirtieron en “discurso/s dominante/s”². Por otro lado, entiende las mencionadas circunstancias en un sentido amplio, como el contexto político, social, cultural y religioso en el que los historiadores se insertan (p. 15). Subyacente al objeto de su inquietud se encuentra a su juicio el problema de la relevancia de la historia premoderna en general y de la temprana medieval en particular. Esta última no trata de cualquier pasado, sino de uno al que se apela y se ha apelado para validar y criticar el aquí y ahora (p. x). No obstante, Wood se preocupa por despejar cualquier sospecha de que ello pudiese ser antojadizo. “Because the period from 300 to 700 saw some of the greatest changes in the history of Europe, that past matters a great deal. It is at the heart of European identity—or at least of the identity of French, Italians, Austrians, Germans and Britons—. To call the study of the early Middle Ages ornamental seems to me to fundamentally misunderstand our own situation in the modern world” (p. xi).

Por cierto que ese campo historiográfico europeo anunciado con la apertura del libro queda restringido luego al de unos cuantos países de Occidente. Los dieciséis capítulos que lo integran exploran tesis y debates provenientes fundamentalmente de Francia, Alemania, el Reino Unido, Italia, Austria y Bélgica con puntuales tratamientos de aportes de académicos y ensayistas de otros países.

El capítulo inicial presenta someramente los procesos centrales de los años 300-700 en Europa occidental y los debates historiográficos de los siglos XVI y XVII. Pero interesa en todo caso lo que anuncia en relación a su objeto de estudio. Las lecturas predominantes sobre el periodo, dice, han sido tres: en términos de la caída de Roma, como los años de migración de los bárbaros (la *Völkerwanderung*) y en términos religiosos. Serán estos grandes grupos de interpretaciones los que aborde durante el libro. Uno podría objetar aquí la omisión de una cuarta forma de pensar esos años, que ha puesto el acento en su evolución socioeconómica. La justificación de Wood para esta exclusión es que la historiografía preocupada por estos temas se ha centrado en el problema del surgimiento del feudalismo y ha tendido a enfocarse por tanto en los años posteriores al 700. Pero ello implica pasar por alto al menos el reciente e influyente *Framing the Early Middle Ages*, de Chris Wickham³.

2 Foucault, Michel: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

3 Wickham, Chris: *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

El capítulo 2 está dedicado al debate que en opinión de Wood dio inicio a las dos principales vertientes que marcaron la historiografía sobre la caída de Roma y la temprana Edad Media entre los siglos XVIII y XX: la “romanista” y “germanista”. Por ello vale la pena dedicar dos párrafos extensos a su comentario. Sus protagonistas fueron el conde Henri de Boulainvilliers (1658-1722) y el abad Jean-Baptiste Du Bos (1670-1742). La corriente germanista sería tributaria del primero de ellos. Wood repasa con detalle sus tesis, contenidas fundamentalmente en *État de la France*, de 1727. Los francos eran un pueblo de guerreros libres e iguales entre sí cuyos reyes eran *primi inter pares* electivos y que sometieron a los galos —que ya eran dependientes de un estado tardo romano tributario de carácter opresor—. La conquista erigió a los primeros en nobles, pero luego la monarquía fue traicionando este orden de cosas, concentrando cada vez más el poder gracias al apoyo de una parte de los galos que se incorporaron al ejército y relegando a la nobleza. No sorprende que esta tesis proviniese de un exponente de una aristocracia que se sentía desplazada de los resortes del poder por lo que veía como una colaboración entre el rey y el Tercer Estado. Así Boulainvilliers reivindicaba la autoridad de los parlamentos, que veía como herederos de las asambleas de guerreros. Pero la importancia del texto no está dada simplemente por su instrumentalidad en la política contemporánea, pues Wood destaca que si se constituyó en pilar de un debate prolongado fue porque sus ideas se fundamentaban —cómo, es otra cuestión— en las fuentes disponibles.

La misma cualidad reconoce en la *Histoire critique de l'établissement de la monarchie françoise dans les Gaules* (1734), de Du Bos. El autor sostiene que los francos habían sido aliados de los romanos y que su reinado sobre la Galia era producto de la cesión de derechos hecha por Justiniano a los hijos de Clodoveo y no de una toma del poder por la fuerza. Existía así una línea de continuidad institucional entre la monarquía francesa y el Imperio romano de la cual otros reinos no gozaban. Por supuesto que el punto nodal de la tesis —la pretendida cesión de Justiniano— se cimienta en información fragmentaria y poco concluyente. La obra desestima otros argumentos puntuales de Boulainvilliers (la monarquía bajo los merovingios era hereditaria, no electiva; los francos no eran iguales entre sí; las asambleas del Campo de Marte tenían estrictas funciones militares; etc.) y acentúa la continuidad de distintas instituciones romanas (las leyes, la fiscalidad, el senado, la iglesia). Finalmente, también en Du Bos —un *bourgeois*— había una instrumentación política de la reconstrucción histórica, aunque Wood sugiere que el carácter propagandístico era aquí más sutil.

La monarquía francesa ostentaba derechos legítimos, que habían sido brevemente usurpados con el auge de los señoríos durante la dinastía capeta.

Los posteriores debates dentro de Francia son el foco de atención de los capítulos 3 y 5. Se consideran allí las obras de varios autores entre los que destacan Montesquieu, Mably y Sismondi, más cercanos a las tesis de Boulainvilliers que a las de Du Bos. El capítulo 4, en cambio, gira en torno de Edward Gibbon (1737-1794) y de las fuentes secundarias de las que abrevó. Wood expone en unas pocas páginas las tesis centrales sobre la caída del Imperio romano occidental contenidas en el *The Decline and Fall of the Roman Empire*, centradas en elementos internos (caída de la disciplina del ejército, rivalidades entre las cortes oriental y occidental, cristianización del Imperio, etc.). Su escasa repercusión inmediata habría obedecido para Wood en su subestimación de la “libertad” de los antiguos germanos, una cuestión que sería central en las discusiones de inicios del siglo XIX.

El capítulo 6 presenta la transmutación en Francia de un “discurso histórico-político” que giraba alrededor del problema de la aristocracia y la monarquía en uno anclado en la nación, la clase y la raza a partir del periodo post-napoleónico. Los debates italianos entran en escena en el siguiente capítulo. Wood pone de manifiesto allí la íntima relación entre las controversias sobre la invasión lombarda y los conflictos en torno a la unificación nacional y la independencia italiana de las potencias europeas.

El octavo capítulo analiza las obras de Chateaubriand, Ozanam y Montalembert, que defendieron la idea de que, contrario al planteo de Gibbon, el cristianismo había “salvado” a Europa occidental. Wood pone aquí de relieve la influencia de la renovación del catolicismo en el segundo y tercer cuartos del siglo XIX aproximadamente en esta corriente historiográfica. En el siguiente apartado se trata el acercamiento a la temprana Edad Media hecho en Alemania a fines del siglo XVIII y en el XIX. Como en el caso de la historiografía francesa y la italiana, el autor enfatiza la relación entre la política contemporánea y los debates sobre el pasado. Así, las tesis sobre la marca germánica de Justus Möser tienen como trasfondo su participación en movimientos para la liberación de los campesinos y la afinidad de von Stein con las propuestas para la unificación nacional explican en parte su impulso de la *Monumenta Germaniae Historica*.

Los capítulos 10 y 11 abordan la historiografía posterior a la independencia italiana, la guerra franco-prusiana y la unificación alemana. La parte más sustancial del primero es la que se ocupa de la obra de Numa Denis Fustel de Coulange. Pese a la intención manifiesta en hacer una historia “científica”, basada en una minuciosa lectura de las fuentes, el francés no habría sido inmune a la política de su época. Así interpreta Wood su alejamiento crítico de la historiografía alemana y el hecho de que su interés por la historia temprano-medieval se retrotraiga a la derrota de Francia en 1871. Por su parte, el capítulo 11 está centrado en los estudiosos británicos. La influencia de las ideas racistas propias de la era del imperialismo en la conceptualización del llamado periodo migratorio y sus protagonistas se percibe a través de la obra de Edward August Freeman (1823-1892). Resultan de interés también las palabras sobre John Bagnell Bury, quien a pesar de mostrarse de acuerdo con una aproximación al pasado no desprovista de subjetividad, bregaba a la manera de Fustel por la transformación de la historia en disciplina científica.

El impacto de la Primera Guerra mundial en la historiografía francesa, belga y alemana es el tema del duodécimo capítulo. Lógicamente el rol protagónico lo tienen aquí dos académicos cuyas obras continúan siendo referidas, Henri Pirenne (1862-1935) y Alfons Dopsch (1868-1953), aunque este último queda ciertamente relegado a un segundo plano por Wood⁴. El primero renegó, luego del conflicto, de sus muy fuertes influencias provenientes del otro lado del Rin (metodológicas y en historia económica). De esos años datan además casi todos sus trabajos sobre la temprana Edad Media, incluida por supuesto su póstuma *Mahoma y Carlomagno* (1935). En cuanto a Dopsch, Wood parece llevar muy lejos la vinculación entre la política contemporánea y las ideas historiográficas, al sugerir que las críticas de aquel al pretendido carácter democrático de los antiguos germanos serían de esperar en un austríaco que escribía desde la capital de un imperio recientemente desmembrado.

Los capítulos 13 y 14 se encargan de la historiografía de la Europa de entreguerras. El primero de ellos está dedicado casi íntegramente a la alemana. Wood plantea allí que los estudios sobre las migraciones de los germanos estuvieron influenciadas por (y a la vez contribuyeron a) los debates sobre lo que se consideraban los límites espaciales apropiados para el *Volk* alemán. La funda-

4 Para Wickham los estudios de la temprana Edad Media siguen orientándose según el paradigma establecido por Dopsch y, sobre todo, por Pirenne (Wickham, *op. cit.*, pp. 1-5).

ción de institutos de investigación específicos durante el periodo es un síntoma de la importancia política que tuvieron estos estudios. Las fronteras de los asentamientos en el registro arqueológico y en la toponimia sirvieron a las discusiones sobre los límites apropiados por el *Tercer Reich*. De todos modos, en mi opinión Wood exagera el tono cuando dice que “the racial and territorial implications of the arguments over the Germanic settlement [...] had a direct and devastating impact on millions of Belgians and French” (p. 267). Puede haber constituido una fuente de justificación, pero los motores del expansionismo de Hitler parecen haber sido otros⁵.

El capítulo 14 trata la historiografía cristiana, donde se desatacan sobre todo las obras de Christopher Dawson en el Reino Unido y de Henri-Irénée Marrou en Francia. Este último es uno de esos autores escurridizos a las pretensiones de Wood, como Fustel en parte y como Peter Brown, como veremos. Ello queda patente sobre todo en el análisis de su *Retractio* (1949) a su *Saint Augustine et la fin de la culture antique* (1938): no era de la ausencia de los bárbaros en su primera edición de lo que se arrepentía Marrou (a pesar de que ello era en la posguerra un tema de creciente interés), sino de su idea de una “decadencia” de la cultura antigua, basada en algunos trabajos historiográficos aparecidos años antes.

Esto nos conecta con el tema del capítulo siguiente, la emergencia de la “Antigüedad tardía”, que el propio Marrou reconoció en 1977 como una alternativa al concepto de *décadence* romana que ponderaba los aspectos positivos del periodo. El apartado gira lógicamente en torno a la figura de Peter Brown. El discurso dominante que emerge luego 1945, dice Wood, ya no está motivado por cuestiones políticas o sociales, sino por la publicación en 1971 de *The world of Late Antiquity*. Hubo respuestas inmediatas a las controversias que produjo la guerra como *The Nationalities of Europe* de Hector Munro Chadwick y la caída del Imperio fue presentada como el fruto de la destrucción de los bárbaros por historiadores franceses como André Piganiol y André Loyen. Pero la repercusión académica de estas elaboraciones tuvo corto aliento. En cambio, las de Brown se apartan de su contexto político inmediato, casi una premisa para convertirse en clásicas (“a ground-breaking work necessarily looks very different from the intellectual landscape in which it was conceived—in this case it was the landscape that was dominated by generations of scholars who had experienced the War and the build-up to it at first hand”, p. 288). El libro proponía como

⁵ Véase sobre esta última cuestión, Kershaw, Ian: *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, cap. 6.

novedad pensar el mundo mediterráneo de los siglos III-VII, incluidas así las provincias orientales del Imperio romano, la Persia sasánida y el califato omeya, como un todo con una específica fisonomía política, cultural y religiosa. Brown incorporaba además préstamos de las ciencias sociales, particularmente de la antropología. Finalmente, otra obra de importancia en la segunda mitad del siglo XX —si bien menor— fue *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen gentes* de Reinhard Wenskus, que retomó el delicado tema del *Volk* germánico en 1961. Su concepto de “etnogénesis” venía a reemplazar el biologicista “pueblo”, caro al nazismo, por una definición cultural, por la idea de que una tribu implicaba un proceso histórico de conformación en torno a un núcleo de tradiciones (*Traditionskern*).

“Presenting a New Europe” cierra el libro de Wood. Se trazan allí las principales líneas historiográficas que se han seguido en las últimas tres décadas. Wood se vale de la conceptualización de Guy Halsall para proponer la existencia de dos grandes grupos de académicos en la historiografía contemporánea: “movers” —aquellos que atribuyen a la llegada de los bárbaros una relevancia histórica decisiva— y “shakers” —quienes prefieren ver los años 300-700 como un producto de evoluciones internas del imperio romano—⁶. *Mutatis mutandis*, una continuidad de la disputa entre Du Bos y Boulainvilliers. Por otro lado, se da cuenta de la intensa controversia acerca de la naturaleza de los pueblos bárbaros dentro de las más amplias discusiones sobre el problema de la inmigración. Aquí el foco de atención está puesto en la Escuela de Viena —continuadora de los desarrollos de Wenskus— y quienes han preferido reemplazar el concepto de “etnia” por el de “comunidad imaginada”, afín a la obra de Benedict Anderson⁷. Pero en opinión de Wood lo que se constituyó en discurso dominante desde fines de la década del '80 no fue ninguna de estas posturas sino la existencia de un proyecto⁸ integrado por numerosos académicos de Europa y los Estados Unidos que propuso una aproximación multidisciplinaria al periodo tardo y post romano, hecho que ha derivado en la aparición de temáticas como la “representación”, la “retórica” y la distinción entre lo fáctico y lo ideal.

6 Halsall, Guy: “Movers and Shakers: the Barbarians and the Fall of Rome”, en *Early Medieval Europe*, Vol. 8, No. 1, 1999, pp. 131-145.

7 Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México D. F., México, 1993.

8 “The Transformation of the Roman World”, fundado por la European Science Foundation.

Las conclusiones están incluidas bajo el acápite “Policing the discourse” en el último capítulo. Aquí el autor retorna al problema de la relación entre el discurso histórico y las circunstancias culturales, sociales y políticas en las que se produce. Luego de repasar muy brevemente los planteamientos hechos a lo largo del texto, advierte que el historiador “should try to ask questions and give answers that are unbiased, but he or she will still participate in a discourse created by contemporary society and politics, and will often do so without being aware of the fact” (p. 328) y más adelante que “[i]t is, therefore, not just the interpretation of individual events that should constantly be held up to scrutiny: so too should the more general discourse in which the interpretation is situated”. Wood cierra así con un llamado a que los estudiosos de la temprana Edad Media —sobre todo los profesionales— sean conscientes de la historia de su disciplina y de los “discursos dominantes” en los que están inmersos.

Tal contenido se desarrolla en unas 380 páginas incluidos la bibliografía y el índice temático. Ian Wood exhibe en ellas una enorme erudición. Sus análisis recurren siempre a las fuentes primarias y se apoyan en una extensa bibliografía secundaria. Ciertamente podría criticarse el criterio del recorte geográfico del universo de estudio escogido. Encuentro poco convincente en particular la justificación dada para la exclusión de la literatura en castellano —que la historiografía española ha estado ausente de los más importantes debates en torno a la caída del Imperio y a los estados sucesores, que la llegada de los visigodos ha sido subestimada en detrimento del estudio de la Reconquista (pp. 17-18) y que se centró en el problema del “protofeudalismo” (p. 2). Aunque puede que lo primero pueda tener algún asidero, los aportes de Claudio Sánchez Albornoz —mencionado al pasar por Wood— y de Atilio Barbero y Marcelo Vigil parecerían dignos de alguna mención en tanto se han convertido en una referencia ineludible para quien quiera estudiar uno de los más duraderos e importantes de los estados sucesores⁹. Podrían señalarse también exclusiones puntuales, que a algunos se le antojarán centrales (hemos mencionado ya la desestimación de la temática socioeconómica), aunque, nuevamente, la

⁹ Dos trabajos clásicos de estos autores son Sánchez Albornoz, Claudio: *En torno a los orígenes del feudalismo*, t. 1, Mendoza, Ediciones Istmo, 1942 y Barbero, Atilio y Vigil, Marcelo: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Madrid, Crítica, 1978. Es cierto que Wood fundamenta sus dichos en bibliografía secundaria (Hillgarth, Jocelyn N.: “Spanish Historiography and Iberian Reality”, en *History and Theory*, Vol. 24, No. 1, 1985, pp. 23-43; Hidalgo de la Vega, María José; Pérez, Dionisio y Rodríguez Gervás, Manuel José: “Romanización” y “reconquista” en la Península Ibérica: nuevas perspectivas, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998). Pero véase ahora Orłowski, Sabrina S.: “La inestabilidad política de los reyes visigodos de Toledo (s. VI-VIII): Balance historiográfico y nueva propuesta de análisis”, en *Trabajos y Comunicaciones*, No. 38, 2012, pp. 227-246.

intención de Wood no fue la de dar cuenta de todos cuanto aportaron estudios relevantes en la materia¹⁰. Es justo reconocer que dentro de ese universo escogido se abordan los temas fundamentales y los autores centrales (y otros más también) y que se incorpora con total coherencia en un mismo análisis historiografías que han estado fuertemente conectadas a los largo de los siglos XIX y XX, particularmente la francesa y la alemana¹¹.

El libro se ofrece además como puntal para nuevas investigaciones historiográficas. Una tarea inmediata puede ser la de continuar los desarrollos que el propio autor ha reconocido que merecen ampliarse y avanzar sobre las omisiones que ya hemos señalado. Pero hay al menos otros dos problemas que en mi opinión podrían ser abordados partiendo del trabajo de Wood. Uno es el de la vinculación entre el desarrollo de los estudios sobre el periodo tardo y post romano y la Historia y las Ciencias Sociales como disciplinas. Parece haber mucho más para investigar sobre un tema solo esbozado en *Modern Origins*, al menos en lo que respecta a la historiografía de los últimos cincuenta años y particularmente en relación a la arqueología¹². El otro, anejo a éste, es el de cómo han influido en los distintos historiadores de los siglos XIX y XX el contexto político y el “disciplinar”. Sería tal vez provechoso incorporar algunas reflexiones provenientes de los estudios en historia intelectual para pensar en qué medida la profesionalización progresiva del campo historiográfico ha ido generando académicos que responden cada vez más a una dinámica propia de la disciplina y cada vez menos al contexto político más amplio, aún cuando se pueda coincidir con Wood en la existencia de discursos dominantes o hegemónicos más amplios y aún cuando se reconozca que lo académico se encuentra permeado de diversas formas por lo político¹³.

10 Santo Mazzarino no aparece mencionado en el libro; Geoffrey E. M. de Ste. Croix recibe un tratamiento *express* y John H. W. G. Liebeschuetz solo aparece como bibliografía de consulta para el origen del concepto de “Antigüedad tardía”.

11 Graceffa, Agnès: *Les historiens et la question franque. Le peuplement franc et les Mérovingiens dans l'historiographie française et allemand des XIX^e et XX^e siècles*, Turnhout, Brepols, 2009. Por otro lado, el propio Wood ha señalado que debió suprimir 40.000 palabras del borrador inicial y que ello fue en detrimento del tratamiento de muchos autores, entre ellos varios historiadores alemanes de los siglos XIX y XX (véase la respuesta de Wood a Fouracre, Paul: “Review of *The Modern Origins of the Early Middle Ages*”, en <http://www.history.ac.uk/reviews/review/1650>).

12 Véase al respecto Heather, Peter: “Late Antiquity and the Early Medieval West”, Bentley, Michael (ed.): *Companion to Historiography*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, p. 73.

13 Un acercamiento al problema en Picó, Josep y Pecourt, Juan: “El estudio de los intelectuales: una reflexión”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Reis)*, No. 123, 2008, pp. 35-58.